

Reseñas

SMITH, Michael E.: *The Aztecs*. Segunda Edición. Blackwell Publishing, Oxford, UK., 2002.
367 pp.

Libros sobre los aztecas hay muchos, pero como éste apenas otro: la primera edición de la obra, que data de 1996. Se parece en lo externo, y la apariencia llega al número de páginas (361 y 367), pero la realidad es que la segunda edición tiene muchas más cosas que la primera. Los capítulos han cambiado poco: los cuatro primeros se llaman igual, el quinto que era «Merchants, markets and money» ha pasado a denominarse «The commercial economy»; sexto, séptimo y octavo también se mantienen y el noveno «Creation, sacrifice and the Gods» se ha convertido en dos «Creation, Death and the Gods» y «Temples and Ceremonies»; el diez de la primera edición es el once de la segunda y los dos últimos de la primera («Final glory and destruction» y «The Aztec Legacy today») han pasado a ser uno: «Final glory, conquest and legacy». Así pues, sigue habiendo doce capítulos, pero no son los mismos, además de que algunas cosas han cambiado en el interior de ellos. Se han añadido nuevos epígrafes y se ha incorporado mucha información que no estaba disponible en la primera edición. Se ha quitado poco y se ha añadido mucho, y el número de páginas se mantiene gracias a que la letra es más pequeña.

Michael Smith ha hecho un gran esfuerzo de puesta al día, incorporando los nuevos descubrimientos arqueológicos y las nuevas tendencias etnohistóricas, campos ambos en los que él tiene mucho que ver. Un vistazo a la bibliografía debe dejar clara la magnitud del esfuerzo, en el que no ha estado completamente solo, pues en los agradecimientos deja cumplido detalle de las personas que han contribuido en diversos frentes del libro: sugerencias, comentarios, lecturas, apoyo, etc.

Pero volvamos al principio: la singularidad del libro. Ésta se basa en un enfoque que da un gran papel a la arqueología. Desde ese punto de vista es único. Los demás autores describen a los aztecas —llaménlos Imperio, Cultura, Sociedad o de cualquier otra manera— a partir de las fuentes escritas, con una aparición muchas veces testimonial de los objetos que nos han llegado, pero Smith ha ido mucho más allá: ha incorporado la arqueología al centro de la cuestión y

una arqueología que no se limita al Templo Mayor de México-Tenochtitlan, una arqueología hecha en parte y en parte por hacer, lo que proporciona un valor añadido al libro: además de lo que da, que es mucho, está lo que promete. El enfoque arqueológico no es aquí solamente otra vía de conocimiento, sino que proporciona una visión más amplia de los problemas, incluidos los metodológicos, y además, por las particularidades de la arqueología azteca que ahora tenemos, conlleva una visión descentralizada del Imperio. Y esa es otra de las diferencias: los otros libros suelen dar una visión central, en la que los aztecas pasan a ser los tenochcas, incluso aplicándoles datos que proceden de otros lugares, y ahora cada evidencia es puesta en su sitio. A ver si ahora, con la nueva visión del Imperio de los Culhúa-Mexica (en la que el propio Smith ha tenido mucho que ver), analizamos de verdad las provincias y los enemigos del Imperio, para entender mejor el conjunto.

He hablado de cuestiones metodológicas y es importante hacer hincapié en ellas, pues trascienden el estudio de los aztecas. Por ejemplo, tenemos descripciones de los palacios en las fuentes, y Smith analiza los resultados de la excavación de edificios complejos y los coteja con esas descripciones, estableciendo un puente entre Etnohistoria y Arqueología, puente que puede ser útil a quien solamente tiene una parte del mismo: hay muchos «palacios» en las culturas mesoamericanas, vacíos de contenido, y tenemos descripciones de edificios, sin conocer su apariencia real. Y no para en las descripciones, sino que se adentra en la vida. El Capítulo 6 es una buena muestra de las posibilidades, y la relación entre las propias excavaciones de Smith y documentos, como los Padrones de Morelos, en concreto con la casa y la familia de Molotecatl tecuhtli, es todo un acierto y una vía a seguir. Creo que el análisis de ciudades como Monte Albán y Palenque, o la más próxima Xochicalco —entre muchas otras— puede beneficiarse de estos aportes. Los problemas cronológicos no están ajenos a este tratamiento. Las fuentes nos dan una duración del imperio azteca que en términos arqueológicos es casi nada, pero hay elementos que permiten establecer conexiones: monumentos fechados es el más evidente, pero Smith nos muestra otras posibilidades como la identificación de incensarios en los códices (p.214). También podríamos buscar ornamentos, por ejemplo.

Los capítulos siete «City-State and Empire» y ocho «Cities and Urban Planning» son muy acertados: muchas ciudades, su estructura, su organización y su papel en el Imperio, que era mucho más complejo de lo que hemos venido suponiendo.

En definitiva, tenemos un libro que cumple la doble tarea de informar extensamente sobre una de las grandes culturas americanas, a la vez que está tan puesto al día que transita caminos apenas esbozados. Y no me atrevo a decir que perdurará muchos años, porque eso pensé cuando apareció la primera edición. Seguro que en su momento, Michael E. Smith será capaz de demostrarnos otra vez que se puede mejorar un libro redondo, insistiendo en que la investigación y la divulgación no tienen por qué estar reñidas y que el rigor no es enemigo de la amenidad.

José Luis DE ROJAS
Universidad Complutense de Madrid

BARREAL, Isaac: *Retorno a las raíces*. Fundación Fernando Ortiz. Colección La Fuente Viva, n.º 18, La Habana, 2001. 302 pp. ISBN: 959-7091-35-6

Con esta nueva entrega son ya dieciocho los volúmenes publicados por la colección La Fuente Viva que la Fundación Fernando Ortiz de la Habana, bajo la dirección de Miguel Barnet, comenzó en 1996¹. Un número tan elevado en tan poco tiempo da cuenta de la vocación eminentemente investigadora, pero también de la gran capacidad difusora de la Fundación que, en paralelo, mantiene otra serie dedicada monográficamente a Fernando Ortiz, en que se publican tanto estudios sobre su figura y su obra (por ejemplo, el debido a José A. Matos Arévalos, *La Historia en Fernando Ortiz*, 1999), como ediciones de sus manuscritos y materiales inéditos (con preparación y prólogo del mismo investigador, J. A. Matos, han aparecido recientemente un libro al que se ha titulado, *La santería y la brujería de los blancos. Defensa póstuma de un inquisidor cubano*, 2001; y la reproducción de un cuaderno escolar de Ortiz que recoge una *Culección dels mal-noms de Ciutadella*, 2001); además de un boletín, un anuario y una revista especializada, *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, que actualmente está en su cuarto año y el número cinco. No es mal balance para una institución creada en 1994 y que se desenvuelve en un ambiente no precisamente de abundancia, como es de todos bien conocido.

La antropología en Cuba ha sido una disciplina escasamente universitaria; son muy recientes los esfuerzos por introducir la disciplina en los planes de estudios superiores y pocos todavía los profesionales que puedan presentar unos diplomas especializados. Sin embargo, y al menos, desde principios del siglo XX —que es cuando comienza su labor investigadora el que, sin duda, hay que considerar el mejor antropólogo cubano, Fernando Ortiz Fernández—, no puede decirse que no haya habido una constante corriente de interés por el conocimiento de la realidad cultural del país. Actualmente, investigadores como el mismo Miguel Barnet, Natalia Bolívar o Jesús Guancho son reconocidos como antropólogos por la comunidad internacional y muchos otros profesionales cubanos participan en las líneas y los debates emergentes en la disciplina antropológica.

La historia de esta antropología nacional se parece en muchos puntos importantes al devenir investigador e institucional de la antropología cultural y social en España. Algunos de estos rasgos comunes pueden ser enumerados: falta de consolidación de un proyecto científico que fuera asumido como de interés social; ausencia de profesionalización universitaria de la materia; maestros aislados que no obtienen continuidad de escuela, ni en sus proyectos de trabajo; localismo particularista y nacionalismo como metas en los estudios de folklore; falta de potencia y excesivo mimetismo en los aspectos teóricos, etc. En estas circunstancias, la historia, el

¹ El nombre dado a la serie parece tomado del libro de Miguel Barnet, *La fuente viva* (La Habana: Letras Cubanas, 1983) y los seis primeros títulos de la colección son los siguientes: 1. Norma Suárez (comp.), *Fernando Ortiz y la cubanidad*. La Habana, 1996. 2. Elías Entralgo, *Periódica sociográfica de la cubanidad*, 1996. 3. Jesús Guancho, *Componentes étnicos de la nación cubana*, 1996. 4. José Baltar, *Los chinos de Cuba. Apuntes etnográficos*, 1997. 5. Germán Bode (selección y prólogo), *Décimas rescatadas del aire y del olvido*, 1997. 6. Enrique Sosa, *Catalanes y gaditanos en la trata negrera cubana*.

conocimiento de lo que se hizo y se avanzó en el pasado, puede ser de suma utilidad, tanto para el desarrollo y la evolución de la investigación en el presente, como para la construcción de una comunidad científica de un modo consciente.

En este panorama, la figura de Fernando Ortiz se yergue por encima de todas las otras; no sólo como ancestro que reivindicar por la comunidad antropológica como fundador y padre disciplinar, sino por la misma actualidad de los problemas que él abordó en su dilatada y variada obra. El mestizaje y la hibridación de las culturas, la religión y la espiritualidad en el mundo moderno, la música como núcleo de creación de identidad y sentimiento de pertenencia grupal, la apreciación de la cultura popular creada por las clases más desfavorecidas, son elementos que están ya en la obra de Ortiz, como están en la preocupación del etnógrafo y el antropólogo actual.

Vienen estas reflexiones a cuento porque el libro de Isaac Barreal que es objeto de esta reseña, ha sido titulado precisamente «Retorno a las raíces» y dedica una gran parte de sus páginas a Fernando Ortiz y a otros autores de la historia de la antropología cubana. Se trata de una colectánea que recoge diez trabajos de distinta entidad (hay conferencias, prólogos y estudios específicos), ya anteriormente publicados (excepto dos, escritos en 1988 y 1992, que permanecían inéditos hasta ahora) entre 1966 y 1995, y que reúne la obra profesional del autor, del que el prologuista —Jesús Guanche— señala su preferente dedicación a la crítica y a la transmisión oral de sus conocimientos, en detrimento de la plasmación escrita de los mismos (p. 7-8). Isaac Barreal (la Habana 1918-1994), a pesar de su profesión de abogado, puede considerarse como uno de los mantenedores de la antropología cubana en el periodo de la revolución. Así, desde 1961 fue subdirector del Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba y, posteriormente, formó parte, junto con otros investigadores muy conocidos como Argeliers León y M^a Teresa Linares, de la Comisión Nacional creada por el Ministerio de Cultura, para la organización del magno proyecto del «Atlas de la cultura popular tradicional de Cuba».

Si intentamos una agrupación temática de los diez capítulos que conforman el libro, tendremos que tres de ellos se dedican al análisis de rasgos culturales del ámbito caribeño, apareciendo un gran peso específico del item de las religiones afroamericanas. El libro comienza con uno de estos tres estudios: «Tendencias sincréticas de los cultos populares en Cuba» (pp. 17-32), que constituyó la contribución del autor al VII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, celebrado en Moscú en 1965 y que apareció publicado al año siguiente en el número primero de la revista *Etnología y Folklore* del Instituto del mismo nombre de la Academia de Ciencias de Cuba. Se trata de una exposición bien informada, y característica de los años en que fue escrita, sobre las diferencias de origen de los distintos cultos populares y urbanos africanos y su variación posterior en territorio americano, en función del diferente sincretismo; concepto que aparece como la idea directriz básica de todo el fenómeno. A continuación, se incluye un estudio de carácter más general y meramente aproximativo acerca de la «Unidad y variedad de los elementos culturales caribeños» (pp. 33-46).

Este texto apareció por primera vez en 1979 en una edición especial del periódico *Granma*, con motivo de la celebración por primera vez en Cuba del festival titulado «Carifesta», y repasa las constantes de uniformidad cultural a través del Caribe centrándose en algunos elementos muy relevantes en torno a la población de origen africano, como la religión, las formas de tenencia y explotación de la tierra, las fiestas y la música. El tercer capítulo de este grupo se dedica a la «Santería y candomblé: notas preliminares para un estudio comparativo» (pp. 81-103) y, aunque recoge una conferencia impartida por Isaac Barreal en Santiago de Cuba, en 1988, con motivo del VIII Festival del Caribe, aparece impreso por primera vez. Se trata también de un ensayo de síntesis, con buena utilización de la bibliografía especializada, que aborda el origen común yoruba de la santería y el candomblé, y sus semejanzas en algunos aspectos de la jerarquía sacerdotal y en la caracterización de los orishas, que proviene de su integrante católico.

Si en estos capítulos aparece recogido el saber experto de Isaac Barreal sobre las religiones afroamericanas, el resto del libro ofrece distintas muestras de su profundo conocimiento acerca de la historia de la investigación etnográfica y antropológica en Cuba. Como expone Jesús Guancho en el prólogo del libro, en 1989 la revista *Signos* encargó a Barreal una sección fija, que éste llamó «Retorno a las raíces» —de donde se ha tomado el título del libro póstumo (pp. 12-13). En la primera entrega de esta colaboración, se publicaron sendos textos de dos eminentes intelectuales, Antonio Bachiller y Morales y Emilio Roig de Leuchsenring, que hicieron numerosas contribuciones al folklore cubano en épocas y con formas muy distintas. Así, de Bachiller y Morales, se reproduce en el libro que comentamos (pp. 115-124) el «Prólogo» de la recopilación, *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba, por los mejores autores de este género*, publicada en La Habana en 1881; mientras que de Enrique Roig de Leuchsenring, se escogió un artículo titulado «Los carnavales coloniales en Matanzas, Cárdenas y Remedios» (pp. 124-131), que fue publicado por primera vez en 1937 en una sección fija, llamada «recuerdos de antaño», de que era titular en la revista *Social*. Las circunstancias económicas impidieron la continuidad del proyecto, y *Signos* sólo publicó una segunda entrega de «Retorno a las raíces» en 1990 —que aparece también reproducida en la recopilación de los trabajos de Barreal (pp. 132-143)—, dedicada al proyecto colectivo de recogida del folklore local en Sagua la Grande dirigido por la profesora del Instituto de Segunda Enseñanza, Ana María Arissó, entre 1938 y 1940.

El resto de los ensayos tienen a la obra de Fernando Ortiz como objeto. Entre ellos encontramos textos de diferente categoría, todos ellos ya conocidos, excepto uno inédito, que lleva por título, «Fernando Ortiz y el encuentro entre dos mundos» (pp. 192-207) y fue escrito por Barreal con motivo de la efemérides del Quinto Centenario de la llegada de Colón a tierras americanas. En este ensayo se sitúa el pensamiento de Ortiz respecto al controvertido «descubrimiento», comparándolo con el de otros reconocidos intelectuales actuales, con los que muestra coincidencia (Chomsky, Benedetti y Poniatowska, por ejemplo). Se menciona, así mismo, la conocida intención de Ortiz de escribir un libro sobre el Almirante o una obra mayor sobre

el contacto de los dos mundos, cuya reconstrucción y edición moderna ya fue intentada por Julio Le Riverend. Incluso, en nota del compilador (p. 193), se informa de que tal obra, cotejada por el historiador Orestes Cárciga, va a ser editada por la Fundación Fernando Ortiz, con el título de, «Los amaneceres del capitalismo en América» (desconozco si este libro ha sido ya publicado).

Una década anterior a éste es el ensayo dedicado a «Fernando Ortiz y la cultura popular tradicional» (pp. 47-80), que se imprimió por vez primera en la revista *Santiago*, en 1981, como parte de un homenaje dedicado a Ortiz por el Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. Isaac Barreal recoge en este trabajo buena parte de las iniciativas, tanto institucionales como personales, llevadas a cabo por Ortiz en favor del conocimiento de la cultura popular cubana, y especialmente la de la población de color, insistiendo en el método de campo utilizado y —sirviéndose para ello de un artículo fundamental de Calixta Guiteras— en la estrecha relación que el estudioso estableció con sus colaboradores músicos o santeros.

El resto de los escritos dedicados por Isaac Barreal a Ortiz son tres prólogos muy conocidos, ya que fueron encargados para la reedición de los trabajos más emblemáticos de Ortiz emprendida por la Editorial de Ciencias Sociales de La Habana. El primero de ellos, publicado en 1991 (pp. 144-191), abre la selección, debida también a Barreal, titulada *Estudios etno-sociológicos*, que recoge dieciocho trabajos de Ortiz, que hasta ese momento se encontraban dispersos y eran de difícil localización. En este largo texto de apertura, Barreal no solo aporta documentada información sobre la biografía intelectual de Ortiz, sino que también justifica su selección de textos y resume los principales objetivos e ideas que contienen. En 1993, de nuevo es Isaac Barreal el encargado del prólogo de otra importante recopilación de artículos de Ortiz. Bajo el título de *Etnia y sociedad*, y tras una larga y erudita introducción (pp. 208-264), se recopilan otros cuarenta textos de Ortiz. Realmente, en este ensayo Barreal esboza una imagen de la labor intelectual de Ortiz, en todos sus ámbitos, como investigador original, como mantenedor institucional, como político, etc., de las más completas y objetivas que puedan contarse hasta hoy en día. Finalmente, en 1995 la editorial vuelve a imprimir el primer libro importante de Fernando Ortiz, *Los negros brujos* (1906), y otra vez Barreal lo introduce con un prólogo de su estilo, amplio y erudito (pp. 265-299), aunque el tipo de obra que presenta exige, en esta ocasión, un carácter crítico, con el que se puede ser más discrepante. En cualquier caso, estos tres textos —y entre ellos sobre todo el segundo, publicado por primera vez en 1993— son indispensables para todo el que quiera acercarse a la figura del gran polígrafo cubano y, en mi opinión, constituyen, junto al estudio de Julio Le Riverend, que abre su *Órbita de Fernando Ortiz* (La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1973; «Fernando Ortiz y su obra cubana», pp. 7-51), la mejor semblanza con que contamos hoy acerca de su labor intelectual y sus aportaciones científicas.

Carmen ORTIZ GARCÍA

Departamento de Antropología. CSIC. Madrid

FEEST, Christian F. (ed.): *Culturas de los Indios Norteamericanos*. Köneman, Colonia 2000.

480 páginas, ilustraciones en color y blanco y negro, sin numerar.

Nos encontramos ante un libro de autoría múltiple, dividido en una serie de partes o capítulos, obra de autores diferentes, dentro de los cuales pueden también encontrarse apartados breves sobre temas concretos y que también se encuentran firmados por diversos autores.

La primera parte denominada «Orígenes y pasado» es obra del propio editor, Christian F. Feest. Más que una introducción al uso, consta de una serie de temas particulares, como comentarios sobre los *orígenes y pasado de los indios de Norteamérica*; el interrogante sobre la denominación ¿«Indios»?; un apartado sobre *lenguas y escrituras*, firmado por Henry Kammler; *Los «indios» y nosotros*; *El antiguo Nuevo Mundo: Creación y ciencia*; *Nuevos pueblos*; *El Gran Padre Blanco*; *Esta tierra es tu tierra, esta tierra es mi tierra...*; *Por el sendero de la guerra*; *Indios administrados: La Oficina India*; *Naciones y ciudadanos*; *A la sombra de la cruz*, firmado por Sylvia S. Kasprzycki; *Una dura escuela*, por Henry Kammler; y *Red Jacket y el misionero*, o discurso de un jefe seneca ante el intento de apertura de una misión en su reserva. A través de los apartados mencionados se dan una serie de apuntes sobre el proceso de conquista y colonización y sobre las relaciones entre blancos e indios.

Los diez capítulos o partes siguientes están dedicadas a cada una de las diez áreas geográfico culturales que tradicionalmente se consideran para América del Norte, siguiendo el mismo criterio del *Handbook of North American Indians*. Las dos primeras, dedicadas al *Ártico* y al *Subártico*, son obra de Sonja Lührmann. El *Nordeste* y el *Sudeste* vienen firmados por Sylvia S. Kasprzycki. Dentro del capítulo del *Nordeste* Christian F. Feest firma dos apéndices sobre «El colono y la princesa», la historia de la famosa Pocahontas y sobre «Tecumseh, el hermano del profeta», origen de uno de los muchos movimientos mesiánicos que jalonaron la destrucción cultural de los nativos de América del Norte. El apartado de *Praderas y Llanuras* es de Liane Gugel y en él de nuevo Christian F. Feest firma un apartado sobre «La muerte de Toro Sentado». La *Meseta* es de Christian Carstensen y la *Costa Noroccidental*, la *Gran Cuenca* y *California* de Henry Kammler. El *Sudoeste*, por Cora Bender, es la última de las áreas consideradas. El capítulo final, de Christian F. Feest, denominado *Presente y Futuro*, plantea diferentes cuestiones relativas a la situación actual de los nativos norteamericanos. El *Apéndice* se compone de un Glosario, de Christian F. Feest, una Bibliografía seleccionada, del mismo autor, dividida en compendios, obras especializadas y de referencia general, y obras referentes a cada una de las áreas culturales, un Índice analítico y la Documentación de fotografías y mapas.

Estamos aparentemente ante uno de esos libros de divulgación, que suelen realizarse por encargo editorial, editado lujosamente, tanto por su tamaño como por la calidad del papel, de la edición y de las ilustraciones. En principio podría ser uno más de los muchos libros que suelen publicarse sobre América del Norte con el título genérico de «Indios de» (el término «indio» es rechazado por los nativos norteamericanos), ya que todavía la visión romántica de los «indios» de Norteamérica sigue siendo un éxito editorial. Pero se trata por supuesto de los «indios» de las películas, de la imagen supuestamente tradicional de los mismos, ya que su

situación y circunstancias actuales parecen no importar a nadie. No parecen existir obras del mismo estilo sobre los indios de América del Sur, por ejemplo.

Es por lo tanto digno de ser destacado que en una obra de las características mencionadas, la información que se presenta dentro de cada área cultural no se limita al denominado «presente etnográfico» sino que aborda decididamente el proceso de cambio de los nativos y su situación actual. A ello contribuye la estructura interna, en forma de «artículos» que incluso pueden leerse de forma independiente pero que no atenta contra la idea de conjunto de cada parte. La lectura resulta por lo tanto amena y es relevante tanto para un público general, a quien parece destinarse la obra, como para estudiantes universitarios interesados en esos temas en particular.

Mención especial merece la fantástica documentación gráfica y sobre todo fotográfica, la mejor que hemos encontrado hasta ahora en una obra de semejantes características. Cada parte se abre, además de con un impresionante paisaje de cada región a doble página, con sendos mapas. Los límites de cada área se establecen sobre un detallado mapa geográfico y sobre un mapa mudo adicional se señalan los diferentes grupos lingüísticos tradicionales. Las ilustraciones comprenden magníficas fotografías de paisajes en color, fotografías antiguas en blanco y negro, reproducciones de grabados y dibujos para ilustrar temas muy concretos, y una soberbia colección de fotografías de situaciones actuales. En todas sin excepción parece haberse buscado la calidad estética y artística, pero todas son también enormemente ilustrativas. Es precisamente la falta de calidad de las ilustraciones y sobre todo la ausencia de referencias actuales lo que lastra muchas obras de divulgación de las mismas pretensiones.

Sin embargo este libro no se libra los defectos que suelen encontrarse en obras de divulgación semejantes. Las ilustraciones parecen haber sido recopiladas por un equipo diferente, y aunque como se ha mencionado antes no hay nada que objetar ante su pertinencia y calidad, cosa distinta son los pies de las mismas. La impresión resultante es que los autores de los textos no son los mismos que los autores de los pies de las ilustraciones, y se echa en falta una revisión cuidadosa de los mismos. Unos están claramente equivocados y aunque es imposible indicarlos todos señalaremos algunos como ejemplo. El aceite de eulachén (nó eulacón) era demasiado preciado y caro como para utilizarlo para antorchas (p. 279). El pie de la ilustración de la p. 273 donde se describe a los Pueblos de la Costa Noroccidental está plagado de errores. Lo mismo puede decirse del pie de la p. 280 que describe el templete de los balleneros de los mowachaht (nó el ataúd de un cazador de ballenas nootka), o el de la p. 373.

Desconocemos si otros errores, curiosos por demás, deben atribuirse a la edición original o a la traducción, a la que luego nos referiremos. Como ejemplo en la p. 285 nos encontramos con la mención a la *tela metálica* en forma de zig zag... refiriéndose a un sombrero de cestería, o la descripción de un cobre como un *plato* en forma de T... Y desde luego debía resultar muy poco económico para los hopi sembrar ocho *mazorcas* en cada agujero, como se lee en la p. 379.

Pero tal vez los mayores despropósitos sean achacables a la traducción, que podrían resultar en principio divertidos, pero es más bien triste que se produzcan. En la p. 85 y ante una esplén-

dida fotografía de un oso grizzly, iluminado por el sol que hace brillar su magnífico pelo rojizo, podemos leer que «un *oso gris* se pone de pie sobre la hierba». En la página siguiente se insiste describiendo las garras de un oso gris, aunque la foto sigue siendo inequívoca en cuanto a su color. Las referencias a la «corteza fibrosa de cedro» como materia prima [en vez de fibra de corteza] son comunes. En la página 200 podemos leer que el vestido cotidiano de los hombres de las Praderas se componía de *leotardos* de piel, y el de las mujeres de *leotardos* de piel hasta las rodillas. La insistencia en los *leotardos* es constante a lo largo de todo el libro y en todas aquellas regiones en las que los nativos llevaban polainas. En la página 297 se describe el diseño de una manta *chilkat* como un oso flanqueado por dos *pedras* de cobre ¿Error o errata? Tal vez sea errata escribir *turban* en vez de *turbante* o *argillit* e vez de *argilita* o *zuni* en vez de *zuñi*

Es una lástima que en la edición en español no se haya puesto el cuidado que un libro como éste hubiera merecido. Aunque la política editorial establecida encomiende las traducciones de este tipo de obra a traductores profesionales, de solvencia y respetabilidad, pero desconocedores del tema sobre el que están trabajando, una revisión del texto por un especialista hubiera corregido fácilmente los errores que tanto pueden surgir de la traducción como provenir de origen.

Pero es de agradecer que se hayan respetado las denominaciones nativas, cosa que no hacen todas las editoriales españolas, empeñadas en «castellanizar» términos que no son ingleses o franceses, sino en su mayor parte procedentes de las lenguas nativas y que al deformarlos se hacen irreconocibles.

En conclusión se trata de un libro que como profesora de «Culturas Indígenas de América del Norte» recomendaré a mis alumnos, aunque les indicaré que ignoren los textos de las ilustraciones; que como editora lamentaré que en su edición española no se haya puesto el interés y la atención necesaria; y como autora de libros semejantes debo recordar a los autores de los textos que no olviden nunca la revisión de los pies de los ilustraciones si han sido realizados por otros, lo que suele ser habitual.

Emma SÁNCHEZ MONTAÑÉS
Universidad Complutense de Madrid